

UN PRESIDENTE PARA LOS RUSOS

UNO de los principales enigmas de la campaña electoral de 1968 en los Estados Unidos ha sido resuelto: sabemos ahora qué candidato tendrá el apoyo ruso. Y, tal como aseguró al público americano el anterior premier soviético Nikita Kruschef en una reciente emisión de televisión, este apoyo será decisivo.

Unas semanas antes de la conferencia cumbre de Glassboro, el presidente de los Estados Unidos estuvo seriamente amenazado con la derrota en su campaña para la reelección del próximo año. El 53 por ciento del electorado, según cálculos científicos sobre la población, se mostró en contra de la política del Gobierno y de su líder. En los últimos seis meses Johnson ha estado observando minuciosamente a través de los sondeos electorales de Harris a uno de sus posibles rivales a la presidencia, el republicano George Romney.

Acaba de darse a conocer el resultado de los sondeos de la opinión pública, realizados desde el encuentro del presidente con Alexei N. Kosyguin en Nueva Jersey. Indican que las perspectivas electorales para el próximo año han sido dramáticamente alteradas:

1. Aproximadamente una quinta parte de los oponentes al presidente ha cambiado de posición después de Glassboro, y ahora lo apoya. La oposición al Gobierno se ha reducido del 53 al 42 por ciento del electorado.

2. Enfrentado a sus hipotéticos adversarios republicanos, Johnson vencería el próximo año a su oponente más fuerte por no menos del 56 por ciento, frente al 44 por ciento; respecto a otros candidatos, su margen es aún mayor.

El aumento de popularidad de Johnson no se puede atribuir en absoluto a su forma de llevar la guerra del Vietnam. Los últimos sondeos muestran que el 54 por ciento del electorado está descontento con la manera en que se está manejando este conflicto. En efecto, parece claro que la fuerte desviación hacia Johnson proviene de los votantes angustiados por la perspectiva de una tercera guerra mundial, quienes celebraron su postura relativamente moderada en la crisis del Oriente Medio y consideraron Glassboro como la confirmación de sus esperanzas de que los Estados Unidos y la URSS encontrasen una solución pacífica para sus conflictos.

No es necesario profundizar más para encontrar una explicación de la razón por la que

Por THOMAS BUCHANAN

Lyndon Johnson se fotografió estrechando la mano de Kosyguin.

Pero falta por explicar por qué Kosyguin estrechó la mano de Johnson.

Aparentemente, Kosyguin tenía mucho que perder con este encuentro. El prestigio soviético había alcanzado la cúspide entre las naciones árabes justamente antes de que empezaran las hostilidades con Israel. Pero posteriormente este prestigio quedó comprometido por las concesiones unilaterales hechas por la URSS a las Naciones Unidas. La posición de la URSS respecto al acuerdo del alto el fuego pareció justificar el temor dentro del bloque comunista de que

los rusos se estaban preparando (como habían predicho los chinos) a abandonar a sus aliados, en un intento de conseguir la paz con los Estados Unidos. Los soviéticos aseguraron a estos países que sus temores no tenían ningún fundamento, y declararon específicamente que hasta que no se detuviera la agresión americana en Vietnam no negociarían directamente con los Estados Unidos sobre el Oriente Medio o cualquier otra cuestión. Entre este contexto tuvo lugar la conferencia cumbre de Glassboro.

El viaje de Kosyguin a La Habana, después de ver a Johnson, fue una indicación de que los rusos sentían la necesidad de justificar su acción, y el subsiguiente comunicado de la URSS de que Kosyguin y Castro habían tenido un «franco» intercambio de opiniones acerca de la cuestión, indica que subsisten los principales motivos de desacuerdo.



Después de Glassboro, aproximadamente la quinta parte de quienes se oponían a Johnson han cambiado de opinión, y ahora le apoyarían, pudiéndose calcular que la oposición se ha reducido del 53 al 42 por 100.



Romney, a quien se daban grandes posibilidades, es el gran perdedor de la conferencia de Glassboro. No sólo ha perdido la posición de cabeza que le concedían los sondeos electorales, sino que ya ni siquiera es el líder indiscutible de su partido. El y Nixon dispondrían, en la actualidad, de idéntico número de votos.

La hostil reacción de La Habana se repitió en las naciones árabes, aunque, por la fuerza de las circunstancias, éstas fueron más discretas. Su preocupación era fácil de prever y tuvo que formar parte de los cálculos de Moscú, pero debieron desestimarla al considerar la invitación que Kosyguin recibió de Lyndon Johnson. Parece seguro que Kosyguin esperaba obtener ventajas del apretón de manos con Johnson, que le compensasen suficientemente de las anticipadas dificultades que este acto le costaría.

Estas ventajas difícilmente se han podido situar en el Vietnam o en el Oriente Medio. El presidente de los Estados Unidos se ofreció para exigir la retirada del ejército israelí del territorio árabe, pero antes las naciones árabes tenían que hacer numerosas concesiones; la URSS contestó que la retirada debía preceder a las negociaciones. Johnson dijo que los Estados Unidos sólo quieren la «autonomía» del Vietnam y que se sujetarían al resultado de unas elecciones en ese país; Kosyguin respondió que los Estados Unidos deben detener sus bombardeos en Vietnam del Norte antes de empezar las negociaciones. El único logro tangible de la reunión cumbre parece haber sido una decisión para ayudar al funcionamiento del tratado para limitar la proliferación de armas atómicas. Aquí, otra vez, ambas partes volvieron a mantener posturas conocidas. Apenas si era necesario que los jefes de Estado intervinieran para arbitrar los detalles.

Entonces, ¿cuál era el verdadero objetivo de Kosyguin en Nueva Jersey? Uno se ve forzado

concluir que era el mismo objetivo que el de Johnson: facilitar la reelección del presidente de los Estados Unidos. El hecho de que Glassboro podría ayudar a restaurar el prestigio del presidente en los Estados Unidos era predecible, tanto en Moscú como en Washington. Sin la presencia y cooperación de Kosyguin esto no habría ocurrido y el presidente se enfrentaría con una derrota en 1968, que ahora parece muy improbable. Por lo tanto, hay fuertes razones para suponer que la reelección de Johnson será bien aceptada por el Kremlin o, al menos, la verán como un «mal menor» que la victoria de Nixon, quien, según se sabe ahora, será el candidato que se le enfrentará.

Hace pocas semanas, en una entrevista de una red de televisión americana, ante un auditorio de millones de personas, Nikita Kruschef sostuvo en forma persuasiva que su gobierno había ejercido la fuerza decisiva para impedir la victoria de Nixon en 1960.

Se recordará que Kruschef había sido invitado a los Estados Unidos ocho años antes que Kosyguin, y que su conferencia cumbre con Eisenhower, en 1959, alteró profundamente la actitud de los Estados Unidos con los rusos. Para entonces, Eisenhower estaba finalizando su segundo mandato y según las leyes americanas no podía ser reelegido. Por lo tanto, estaba en una situación en la que podía permitirse el disminuir las tensiones de la guerra fría con los rusos. La mayoría de los americanos aprobaron el proyecto de una

disminución de la tirantez internacional, que surgió del «espíritu del Camp David», lugar del primer encuentro de los líderes.

La siguiente reunión había sido programada en París durante la primavera de 1960, después de la cual el presidente de los Estados Unidos había planeado visitar la URSS, pero todos estos proyectos fueron abandonados después del incidente del avión «U-2», ya que causó tanta amargura en la Unión Soviética que Kruschef proclamó públicamente que no consentiría ninguna otra conferencia cumbre posterior hasta que fuera elegido un nuevo presidente de los Estados Unidos. Era la primera vez que un funcionario soviético reconocía que el resultado de las elecciones americanas afectaba a su país.

La elección personal de Eisenhower para la presidencia, en la campaña electoral de ese año, recayó en Richard Nixon, el vicepresidente, quien en su encuentro cara a cara con Nikita Kruschef mostró una «dureza» de la que continuamente se jactaba ante los votantes, diciendo que era la única forma de tratar con la URSS. El premier soviético estaba determinado, comprensiblemente, a hacer todo lo posible para bloquear la candidatura de Nixon, y cuando el gobierno republicano, al que pertenecía Nixon, pidió a los rusos que pusieran en libertad al piloto del «U-2», Francis Gary Powers, a cambio de concesiones recíprocas, la propuesta fue rechazada. Posteriormente, en febrero de 1962, Powers fue intercambiado por el **SIGUE**

agente ruso Rudolph Abel, pero para entonces Kennedy estaba en la Casa Blanca. Kruschef proclamaba (y se dice que el mismo Kennedy estuvo conforme) que si este intercambio hubiese ocurrido poco tiempo antes de las elecciones americanas Nixon las habría ganado. El electorado lo habría interpretado como una vindicación de la política «dura» de Nixon.

La campaña de 1960 fue, de acuerdo con esto, un punto decisivo en la política estadounidense. Todavía es necesario a todos los candidatos el ser considerados resueltamente anticomunistas, pero al mismo tiempo se ha convertido en una obligación el ser inflexible, hasta el extremo de rehusar la celebración de negociaciones con los rusos. El electorado americano rechaza estos puntos de vista por «extremistas», como la derrota, en 1964, de Barry Goldwater lo indicó.

Romney es, por supuesto, el gran perdedor de la conferencia de Glassboro. No sólo ha perdido el encabezamiento en los sondeos electorales que había mantenido durante seis meses sobre Lyndon Johnson, sino que ya no es el líder indiscutible entre los candidatos de su propio partido. El y Nixon disponen ahora, aproximadamente, del mismo número de votos, lo que significa que a menos de que la candidatura de Romney pueda ser resucitada por algún acontecimiento imprevisible en los próximos meses, George Romney está condenado a una lenta asfixia política. Los dirigentes del partido, que controlan la nominación en la convención republicana del próximo año, están en la actualidad fuertemente predispuestos a votar a Nixon. Sólo un abrumador apoyo popular podría superar la falta de buena organización en el caso de George Rom-

UN PRESIDENTE PARA LOS RUSOS

ney. Este apoyo está disminuyendo gradualmente.

Durante cierto tiempo persistió el mito de que George Romney era una «paloma» en asuntos internacionales, en contraste con su principal oponente republicano, que era conocido como un «halcón», y con el presidente, que oscila entre ambas posiciones. La imagen pública de Romney como hombre de paz y de talento reputado para la conciliación, parecía no concordar con las noticias sobre su temperamento explosivo, peor aún que el de Lyndon Johnson (se dice que da patadas en el suelo cuando algo le contraría). Su pertenencia a una religión conocida por su naturaleza retrógrada y provinciana (Mormonismo) también ha suscitado la duda de si estará preparado para tratar con ideologías extranjeras. Ha sido obispo de la Iglesia Mormónica antes de llegar a Gobernador de Michigan, y en otro tiempo pasó dos años en Gran Bretaña como misionero mormónico. Si es elegido, los Estados Unidos tendrán un presidente que piensa:

Que es pecado dejarse dominar por el alcohol, té, café o tabaco; comer carne (excepto en invierno); trabajar los domingos (Romney se niega rotundamente a discutir asuntos de Estado, por muy urgentes que sean, los días festivos).

Que la poligamia es una condición divina, y que Jesucristo estaba casado con su madre María, su tía Marta y María Magdalena; que el

control de natalidad debería desaprobarse y el divorcio condenarse; que las mujeres deberían estar totalmente subordinadas a los hombres, y que no pueden ir al cielo a menos que algún hombre les ofrezca la salvación (Romney empezó a ofrecer la salvación cuando era un adolescente. Entabló conversación con una mujer que bailaba y se la llevó del baile pese a sus protestas; le informó que había estado bailando demasiado tiempo. Más tarde se casaron).

Que los Mormones son el Pueblo Elegido, y los pertenecientes a otra fe, incluidos los judíos, son «Gentiles»; que los dirigentes mormónicos (como Romney) pueden ellos mismos llegar a ser dioses (creencia que dio lugar al chiste siguiente: un subordinado, al observar el cielo azul, le dijo a Romney: «Hace un día magnífico, Gobernador», a lo que contestó modestamente: «Gracias»).

Que el fundador de la religión mormónica fue un heroico general, el último superviviente de una raza de americanos blancos que fueron aniquilados por una raza de color, de origen judío: los indios; que la «Tierra de Promisión» que se le ofreció a José en la Biblia fue América; que el Jardín del Edén estaba situado en Missouri, cerca de la pequeña ciudad de Independence; que la constitución americana, como Los Diez Mandamientos, estuvo inspirada por Dios, que quiere que los americanos (según las propias palabras de Romney) «a través de su Ejemplo y Ayuda» persuadan a todos los otros países a adoptarla y así serán «Hombres libres de Toda Servidumbre en todas partes».

Estas excentricidades estaban compensadas, hasta hace muy poco, por su sobresaliente record



Kruschef había sido invitado a Estados Unidos ocho años antes de que lo fuera Kosyguin, y su reunión con Eisenhower, en 1959, alteró profundamente la actitud de los americanos para con los rusos, al tiempo que influía en el curso de las elecciones de 1960. A la derecha, Eisenhower con Goldwater, durante la campaña de 1964.

en el campo de la integración racial (aunque su religión predica que para castigar a Cain por matar a su hermano Abel, Dios hizo negros a los descendientes de Cain); por el aumento de beneficios para los trabajadores desempleados que defendió en el Estado de Michigan, así como por la primera ley en este Estado que estableció un salario mínimo (aunque ha reprimido los gremios obreros); y por su opinión prevaleciente de que no está inclinado a ser un aventurero en asuntos internacionales (dijo que América «debería interesarse más en la confraternidad» que en «las armas de fuego y el resto de las cosas que le permiten ser la policía del mundo», y advirtió que los Estados Unidos estaban creando los motivos para que sus aliados «pusieran en duda que el país está dedicado a la paz»).

Las posibilidades de elección del Gobernador empezaron a disminuir desde el momento en que, al responder a los ataques que persistentemente evadía estableciendo su propia postura en política extranjera, intentó ser específico. En abril anunció un programa de ocho puntos para el Vietnam: incrementar las fuerzas armadas de los Estados Unidos en aquel país, hasta que los Estados Unidos puedan cortar las comunicaciones entre Vietnam del Norte y del Sur; al mismo tiempo Romney buscaría «negociaciones para la paz» y se basaría principalmente en los esfuerzos «para asegurar la tranquilidad, además de un verdadero progreso económico y social en todo el país, con un programa de pacificación acertado». Espera tomar una postura intermedia similar a la de Johnson: «Llevar esta trágica guerra a un final honorable requiere el rechazo de ambas retiradas unilaterales y una escalada militar



Kruschef proclamaba, y parece que Kennedy le daba razón, que de haberse procedido inmediatamente a la liberación de Power, Nixon sería presidente.

masiva». En los sondeos más recientes, el 21 por ciento del electorado dedujo de las últimas declaraciones de George Romney que había defendido medidas más beligerantes que las tomadas hasta entonces; el 17 por ciento dio una interpretación totalmente opuesta; el resto era incapaz de saber lo que Romney quería. Hay que concluir que George Romney pertenece, él mismo, a esta última categoría.

Consecuentemente, hay muy pocos datos de George Romney que puedan inspirar confianza a los rusos. Otro dirigente, rival de Richard Nixon, es el candidato de los grupos de extrema derecha, Ronald Reagan, cuya posición en el campo de la política extranjera apareció en el *Newsweek* del 10 de julio: «No creo que nadie desee utilizar alegremente las armas atómicas. Pero la última persona en el mundo que debería saber que no pensamos utilizarlas es el enemigo. Debería irse a la cama cada noche atemorizado por la duda. No he declarado la guerra al Vietnam aquí en el Estado de California, pero si el presidente nos lo pidiera me alegraría de obedecer... Si alguien hubiera sugerido que posiblemente ésta podría ser la forma de ganar una elección en 1968, creo que aceleraría la guerra y la terminaría antes de 1968... Me gustaría ver el final en 24 horas, si fuera posible». Pero Reagan carece de experiencia política y probablemente no haría mejor papel contra Johnson, el próximo año, que Goldwater en 1964. Es más probable que los republicanos lo reserven como un posible adversario de Robert Kennedy, para dentro de cuatro años.

Por lo tanto, no debería sorprendernos que los rusos hayan concluido que las elecciones americanas de 1968 serán una confrontación entre Lyndon Johnson y el hombre que, más que ninguna otra figura pública, es un producto de la Guerra Fría: Richard Nixon. En estas circunstancias, las animosidades nacidas de la guerra del Vietnam serán enterradas, y Lyndon Johnson hará su campaña en 1968 como el «candidato de la paz», con la total bendición de los rusos.

(Fotos: ARCHIVO TRIUNFO)



Si Johnson es para los soviéticos el mal menor y Romney parece haber perdido toda posibilidad después de Glassboro, no cabe duda de que ni Nixon ni su rival en la extrema derecha, el antiguo actor Ronald Reagan, serían bien vistos por aquéllos. Nixon, a la izquierda, aparece junto a Adolphe Menjou, el actor fallecido.